

El escritor Eduardo Labarca

defiende su novela

Cadáver tuerto

Viena, 20 de septiembre de 2004

Y heme aquí incurriendo en lo que está vedado a todo autor: la explicación de la obra propia, ésa que una vez terminada sólo pertenece a quien la observa, escucha, lee, a la crítica, la academia, la posteridad, a los demás... Mi excusa consistiría en que *Cadáver tuerto* es todavía novela inédita.

Algo siento crujir en rededor.

Quizás se deba a que *Cadáver tuerto* no armoniza con las coloraciones que nos envolvían hace cuatro décadas ni con las tintas que nos acompañan desde el día del derrumbe, cuando las esencias de todos nosotros quedaron al aire.

Cada cosa en su hora, cada persona con su época... Tal vez *Cadáver tuerto* tenga el defecto –o mérito– de remontarse atrás y rebotar hacia delante, de no buscar el justo equilibrio.

Problema, deficiencia –singularidad, virtud– de *Cadáver tuerto* es abordar en clave de ficción, desde dentro y desde fuera, el ayer inmediato, el hoy y el mañana ante lectores que han sido y son actores de esa misma época y de ese mismo mundo. *Cadáver tuerto* quizás incomode e incluso irrite, pero ¿podría no seducir? Al lado de esta obra áspera seguirán navegando en paz los libros eclécticos, correctos, las memorias desmemoriadas y aguachentas que la primera brisa se ha de llevar.

El protagonista intuye las complejidades cuando dice:

Hay quienes para apreciar los sucesos que les ha tocado vivir prefieren elevarse sobre la marejada y observar el horizonte en perspectiva. En esos días yo sentía la urgencia contraria: la de mirar desde dentro del tiempo presente, sumido en el océano de los acontecimientos del País y con el agua metida en los ojos. Ese océano agitado por corrientes encontradas, recorrido por trombas y tempestades que se alternaban con períodos de bonanza, me llevaba, me traía y me arrastraba hacia el fondo. Para no ahogarme, dejaba de respirar cuando venía la ola, emergía manoteando y después me zambullía. Desde dentro del agua,

bajo el agua, observaba los acontecimientos con la visión de gran angular que tiene el buzo. Corría el peligro de romperme la crisma contra los arrecifes, pero intuía que si salía airoso mis observaciones, realizadas sin posibilidad alguna de perspectiva panorámica, constituirían por sí mismas una creación de perspectiva. O quizás no. No podía saberlo y en realidad me interesaba poco saberlo.

Cadáver tuerto debería vencer la borrasca a pesar del mal gusto con que recuerda a los lectores que el verdugo es humano como ellos y que las víctimas también pueden convertirse en victimarios. No, no se trata de igualar al torturador y al torturado ni de ofrecer coartada al asesino, pero sí de desbaratar la leyenda fácil de la irrupción de unos afuerinos que habrían venido a perturbar nuestra vida plácida. Esos monstruos –*Cadáver tuerto* los muestra– estaban aquí, de aquí salieron, eran y son humanos y parte de nosotros mismos. Para la película alemana *Der Untergang*, que deja atrás la caricatura de Hitler inaugurada por Chaplin, ha habido que esperar seis décadas: el error de *Cadáver tuerto* estaría en no haber esperado siquiera la muerte del Tirano

No esperar puede añadir sinsabores al arduo esfuerzo de una escritura que avanza por huella inexplorada, a los que han de sumarse las repercusiones de la alusión nada fácil, que muchos estimarán inoportuna, a un acto indigno del propio autor: más que contrición, ese reconocimiento es una aclaración necesaria. Gajes del oficio.

Algunos podrían pensar que este libro le hará “un favor al enemigo”. ¿Qué enemigo? Sucede que no se trata de un libro de Política: la política es el arte de lo posible y *Cadáver tuerto* es una obra de imposibles. Tampoco pretende ser libro de Historia, porque los personajes y la trama son de fantasía. *Cadáver tuerto* es novela-novela, literatura-literatura, pero un libro escrito desde el vórtice mismo de la Política y de la Historia y sin olvidar que la Historia, que hace siglos dejó de ser un discurso moral, no está habitada por buenos ni malos, sino solamente por hijos de hombre y de mujer.

Si viviéramos una época de manifiestos, yo diría que valió la pena escribir *Cadáver tuerto* y que los lectores merecen conocerlo.